

EPISTOLARIO DE FELIPE ÁNGELES

EL FIN DE ÁNGELES

CÓMO FUE CAPTURADO DESPUÉS DE HABERSE SEPARADO DE VILLA

El consejo de guerra, las declaraciones del reo,
sus últimos momentos de vida

CAPÍTULO VI Y ÚLTIMO

El general Francisco Villa recibió al general Felipe Ángeles con vivas muestras de simpatía, poniendo a su disposición todos los elementos con los que contaba. Varios meses anduvo al lado del guerrillero duranguense, de quien se separó en las últimas semanas del verano de 1918 para iniciar nuevas actividades en el suroeste de Chihuahua, al frente de un grupo de hombres.

Las esperanzas de Ángeles al internarse a territorio mexicano y sus verdaderas relaciones con el general Villa pueden apreciarse ante el consejo de guerra que ordenó su muerte en la ciudad de Chihuahua.

El convencionismo

Yo he venido al país –dijo Ángeles según la versión taquigráfica de la declaración– con un deseo intenso de cumplir con los fines que se proponía la Liga Liberal Mexicana establecida en Nueva York, y que son procurar únicamente la unión entre todos los mexicanos, por lo que no tuve inconveniente en gestionar la adhesión de Villa, para ir con él y aconsejarlo. Después me tocó unirme a una partida que me llevó a presencia de Villa, con el cual anduve casi cinco meses, predicando en casi todos los lugares donde llegábamos, los principios de fraternidad que deben unir a todos los hombres, hasta que me separe de él por no convenir con su conducta para con los prisioneros a quienes fusilaba, idea que traté de quitarle, como se la quité en muchas ocasiones, hasta que últimamente, después de separado de él, me tocó unirme con los que hoy me han traicionado.

CINCO MESES CON VILLA

Sólo once meses –dijo Ángeles contestando a otras preguntas del consejo de guerra– llevo de permanecer en la República y, de ellos, únicamente he estado cinco con los villistas, pues el resto del tiempo he estado separado de ellos, refugiándome en los montes. Si he estado primero con los rebeldes, es porque ellos me evitaban caer en manos de las fuerzas del gobierno con las que podía tener acercamiento en virtud de que me aprehenderían por haber pertenecido a la Convención de Aguascalientes, aprehensión que haría fracasar mis propósitos, no obstante que también tengo instrucciones para tratar con los elementos gobiernistas, según lo acordado por la Liga Liberal Mexicana.

De la formación de la Liga Liberal Mexicana, refirió Ángeles:

En México tenemos muy fuertes pasiones y nunca creemos en la bondad de nuestros enemigos: justo que la Liga Liberal Mexicana se formó por un socialista [Santiago Iglesias], que siendo senador por Puerto Rico, prestó a su patria importantes servicios durante la intervención americana.

SU MISIÓN CERCA DE VILLA

Una parte interesantísima en el consejo de guerra al general Ángeles fueron las declaraciones de éste sobre la personalidad del general Francisco Villa.

Esta parte de las versiones taquigráficas, dice:

La misión que me trajo al lado mexicano fue aconsejar a Villa; aconsejar a Villa porque era necesario. Esta fue la misión que yo tuve durante los cinco meses que anduve con él...

El señor presidente del consejo cree que me perjudica mucho el contacto con el señor general Villa, y creo que tiene razón; creo que me perjudica porque la gente juzga según las viejas costumbres arraigadas de las compañías con que uno se une...

Como lo he dicho antes, la misión que yo traje fue la conciliación, fue de aconsejar a Villa, porque Villa es bueno en el fondo: a Villa lo han hecho malo las circunstancias: eso es lo que lo ha perjudicado quizás.

Y a continuación, Ángeles hizo esta sensacional revelación sobre la manera en que Villa juzgaba al presidente Francisco I. Madero:

Cierto que he atenuado el rigor de Villa, pero no me uní a éste para hacer campaña alguna, sino porque fue con los villistas con los primeros revolucionarios con quienes tropecé, permaneciendo a su lado porque ellos mismos me sugirieron ir al sur, pues me expondría a ser capturado, aconsejándome que enviara comisionados de mi parte, al sur.

Mientras tanto traté de corregir los yerros del general Villa, lográndolo en parte, y muchos también lo lograrían si por atavismos no fuéramos serviles. Esto sucede especialmente entre los villistas, quienes no se atreven a contradecir a Villa, sino que, por el contrario, aplauden hasta sus más grandes disparates. De esto yo no culpo a Villa, que es un incivilizado, sino a los malos gobiernos que convierten en fieras a los hombres buenos.

Yo me comprometí a corregir al general Villa en este particular, aunque expusiera mi vida, teniendo con él algunas dificultades, la primera de las cuales ocurrió en un punto llamado Tosesigua, donde encontrándonos, Villa me habló, haciéndome el dormido hasta que repitió el llamado.

Entonces me habló de que el señor Madero había sido un imbécil y que se dejaba dominar.

—Pues recuerde usted —me dijo— *que cuando Huerta me aprehendió no fue capaz de ponerme en libertad.*

A lo que le contesté diciéndole que era el señor Madero muy honrado y que no había estado en sus manos el libertarlo, pues estaba en manos de sus jueces y él era, además, muy respetuoso de las leyes.

El convencionismo

—*Madero no me puso libre, porque no tenía pantalones* —me arguyó el general Villa, habiéndole replicado yo, y como nos fuéramos exaltando poco a poco en nuestra conversación, la gente comenzó a agruparse en nuestro alrededor. Al fin Villa se calmó y después de un rato me dijo:

—*General, tiene usted razón. Usted ha sido el único hombre a quien le he permitido que me contradiga y no lo he mandado fusilar.*

SU VIDA, YA SEPARADO DEL GENERAL VILLA

Lo que el ex director del Colegio Militar hizo desde el día que se separó de Villa hasta el día que se fue aprehendido, fue relatado por él mismo ante su consejo de guerra:

Lo que andaba yo haciendo era tratar de vivir y evitar persecuciones hasta que vinieran las adhesiones del sur.

Cuando me separé de Villa fui a Norias Pintas y allí estuve mes y medio viviendo una vida pacífica y por las tropas de Moreno que iban allí sabía de la persecución que estaban haciendo a las tropas del mismo Moreno, y yo me cuidaba, hasta que un día me tuve que salir y me fui rumbo a la Boquilla, después por rumbo de Parral y Balleza y allí permanecimos ocultos.

Volvimos después por las haciendas de Talamantes y San José del Sitio y allí los soldados nos persiguieron.

El día 8 de noviembre de 1919, el coronel Félix Salas, quien había sido jefe de la escolta del general villista Martín López, se presentó al mayor Gabino Sandoval, jefe de la Defensa Social del Valle de los Olivos, dándole a saber la cueva donde el general Felipe Ángeles se encontraba oculto. Acompañado de quince hombres, el mayor Sandoval se puso en marcha inmediatamente, internándose en la sierra.

Los soldados de la Defensa Social llegaron al pie del Cerro de las Moras, donde se encontraba la cueva en la que estaba oculto el general Ángeles, el 15 de noviembre, como a las cuatro de la tarde.

Dos hombres que estaban a unos cien metros de la entrada de la cueva —el mayor Ernesto Enciso de Arce y Antonio Trillo (hermano de Miguel Trillo, secretario particular del general Villa)— fueron sorprendidos por los gobiernistas, quedando prisioneros.

Ángeles se encontraba en la cueva acompañado de Isidro Martínez, su asistente, y de una mujer que curaba a Trillo, quien días antes se había quebrado un brazo al montar una yegua bruta.

LA CAPTURA DE ÁNGELES: EL CONSEJO DE GUERRA

El general, al darse cuenta de la aprehensión de Trillo y de Arce, trató de ensillar su caballo para huir, pero los hombres de la Defensa Social lo rodearon rápidamente intimándolo a rendición.

Ángeles estaba cubierto casi de harapos; once meses de lucha en las montañas habían sido suficientes para convertirlo en un hombre viejo. Del Valle de los Olivos fue conducido a Parral, luego a Camargo y, finalmente, a la ciudad de Chihuahua, donde fue internado al cuartel del 21 Regimiento.

Inmediatamente después de la llegada del prisionero a la ciudad de Chihuahua, el general Manuel M. Diéguez, jefe de las operaciones en el norte de la República, dio órdenes para que fuera sometido a un consejo de guerra extraordinario.

El consejo de guerra quedó instalado el lunes 24 de noviembre en el Teatro de los Héroes, ante un numeroso público. Los miembros del consejo fueron: presidente, general Gabriel Gavira; vocales, generales Miguel M. Acosta, Fernando Peraldi, Silvino M. García y José Gonzalo Escobar; juez instructor, licenciado Díaz de León; asesor, coronel Tomás López Linares; agente del Ministerio Público, general y licenciado Víctor Prieto.

Junto con el general Ángeles fueron juzgados el mayor Ernesto Enciso de Arce y Antonio Trillo.

Cerca de diez horas duró el consejo de guerra. A las ocho de la noche los miembros del consejo se retiraron a deliberar para pronunciar su fallo momentos después.

El general Ángeles fue condenado a muerte.

SABE MORIR...

De pic, sonriente, viendo al público, entre el que se encontraban numerosas damas que lloraban, escuchó el general Ángeles su sentencia de muerte.

El convencionismo

Cuando los miembros del consejo terminaron sus labores, el general José Gonzalo Escobar se acercó a Ángeles, y le extendió la mano. Ángeles se la estrechó con calor.

Como los abogados defensores trataran de disculparse por no haberlo podido salvar del patíbulo, Ángeles les dijo:

—*Señores, pero ¿por qué apenarse? ¿Creen que un militar no sabe morir?*

Después y mientras que el público salía del teatro, relató a un numeroso grupo de personas que le rodeaba en el foro, algunas cortas e interesantes anécdotas de su vida militar.

Al salir del teatro, cientos de personas que estaban afuera del coliseo, se quitaron respetuosamente el sombrero: era el postrer homenaje a un hombre a quien solamente restaban unas cuantas horas de vida.

Una dama se arrojó a su paso, diciéndole enternecida:

—*¡General! Es imposible que...*

La dama no pudo continuar. Una sombra —la sombra que anunciaba la tragedia— pareció cubrir por vez primera el rostro del general, quien rápidamente se repuso, subiendo al automóvil, en donde acompañado del coronel Juan Manuel Otero y Gama, jefe de la guarnición de la plaza, fue conducido al cuartel de 21 Regimiento, donde había de pasar su última noche.

NO QUISO CONFESARSE

Numerosas fueron las visitas recibidas por Ángeles en su capilla. Entre ellas las del sacerdote Valencia. El padre Valencia quería convencer al general para que se confesara:

—*Padre —contestaba el general—, usted conoce mis sentimientos cristianos y mis concepciones filosóficas. No es posible acceder a sus deseos. Ya ve usted, moriré pensando en la humanidad, en Cristo... Cuando me aprehendieron tenía como único equipaje La vida de Cristo, de Renán, y una biografía de Napoleón... ¿Para qué cree usted que necesite la confesión?*

Y durante una hora discutió Ángeles con el sacerdote, hasta cerca de las dos de la mañana, cuando el padre Valencia se retiró, indicando que asistiría a la ejecución.

A esta hora llegó a saludarlo el general José Gonzalo Escobar, a quien Ángeles pidió que hiciera una visita a su familia que radicaba en El Paso.

Después dictó a un amigo cuatro cartas. La primera dirigida a su abogado defensor Gómez Luna, dándole algunas instrucciones respecto a la forma sencilla como había de ser sepultado. La segunda dirigida al licenciado Manuel Calero y la tercera al ingeniero Manuel Bonilla. En estas últimas cartas se despedía de sus dos amigos. La cuarta estaba dirigida a su esposa y decía:

26 de noviembre de 1919
En el cuartel del 21º Regimiento
Chihuahua

Adorada Clarita:

Estoy acostado descansando dulcemente. Oigo murmurar la voz piadosa de algunos amigos que me acompañan en mis últimas horas. Mi espíritu se encuentra en sí mismo y piensa con afecto intensísimo en ti, en Chabela, en Alberto, en Julio y en Felipe. Siempre he hecho lo mismo en todo el tiempo en que me separé de ustedes.

Hago votos fervientes para que conserves tu salud, y por la felicidad de Chabela.

Tengo la más firme esperanza de que mis tres hijos serán amantísimos para ti y para mi Patria...

Diles que los últimos instantes de mi vida los dedicaré al recuerdo de ustedes, y que les envíe un ardientísimo beso para todos ustedes.

Felipe Ángeles

El general Ángeles ignoraba que su esposa se encontraba gravemente enferma en Nueva York y que no leería jamás su carta. Doña Clara K. de Ángeles murió poco después del fusilamiento de su esposo, ignorando también el trágico fin de éste.

LA ÚLTIMA NOCHE

Después de dictada esta carta, el ex director del Colegio Militar dijo a sus amigos que se sentía un poco fatigado, que quería dormir la última noche de su vida aunque fuera unas cuantas horas, y momentos después quedaba profundamente dormido. Dos horas y media durmió el general. Serenamente se incorporó a las cuatro y media de la mañana al oír algún ruido en el patio del

El convencionismo

cuartel, y como viera en algún ángulo de la pieza al padre Valencia, al coronel Otero, al licenciado Gómez Luna y a dos o tres personas más, preguntó:

—*¿Ha llegado la hora?*

—*No, mi general; son las cuatro y media de la mañana; puede usted seguir descansando* –le contestó el coronel.

—*Creo que es suficiente, coronel; todavía faltan algunas cosas que arreglar mientras llega la hora* –agregó Ángeles.

Luego pidió al licenciado Gómez Luna que le escribiera una carta dirigida a su hijo Alberto, y que dictó pausadamente. Después dio sus últimas instrucciones al abogado.

—*¿No sabe usted quién recogerá mi cadáver?* –interrogó Ángeles a Gómez Luna.

—*Lo ha pedido la familia Revilla* –informó el licenciado.

—*Hombre, sé que la familia Revilla no tiene grandes recursos y le suplico que intervenga para que no hagan muchos gastos en mi entierro, que debe ser sumamente humilde.*

Se rehusó a ponerse un traje nuevo que le había llevado el licenciado Gómez Luna y enseguida se recostó, haciendo que las personas que se encontraban en la pieza acercaran algunas sillas a su cama para continuar charlando.

Varios oficiales del 21 Regimiento pidieron permiso para entrar a despedirse del general, quien los recibió sonriente, refiriendo entonces algunas anécdotas de su vida militar.

Como observara en el patio del cuartel algún movimiento, pidió que fueran llevados a su presencia Antonio Trillo y el mayor Arce, para despedirse de ellos. Tanto Trillo como Arce, que se habían salvado de la muerte, escucharon emocionados las últimas palabras de agradecimiento del general.

LA EJECUCIÓN

Minutos antes de las seis de la mañana, en la puerta de la habitación, el juez instructor Díaz de León entregó el reo al jefe de la escolta, mayor Ignacio L. Campos, encargado de la ejecución.

Al darse cuenta de que el pelotón ejecutor había quedado formado, preguntó al mayor Campos, al entrar éste a la pieza:

—*¿Ha llegado la hora, mayor?*

—*Sí, mi general.*

De un salto, se sentó Ángeles en el borde de la cama. Con rapidez se calzó los zapatos, luego se envolvió en una frazada y se acercó a la puerta, observando a los soldados por unos instantes.

Dirigiéndose al mayor Campos, solicitó con voz firme:

—*Oiga, mayor, como ya en el cuadro no quiero hablar, le suplico que ya sus muchachos tengan sus rifles preparados para cuando yo me pare enfrente de ellos.*

—*Con todo gusto, mi general* —dijo Campos, quien salió al patio para comunicar esta orden al jefe del pelotón, teniente Ramón Ortiz.

Ángeles acercó una silla a la puerta de la pieza, desde donde estuvo observando los últimos movimientos de los soldados.

—*Preparen... ¡armas!* —gritó el teniente.

—*¡A...puntan!* —agregó el oficial.

—*Todo está listo, mi general* —dijo el mayor Campos al general Ángeles, cuadrándose.

El ex director del Colegio Militar se puso nerviosamente en pie: arrojó la frazada al suelo, se acercó con rapidez al licenciado Gómez Luna, a quien dio un fuerte abrazo y, ya en el dintel de la puerta, se detuvo, y volviéndose a las personas que quedaban en la pieza, gritó:

—*Señores, ¡hasta luego! ¡Que sean felices y que mi México amado goce de paz para siempre!*

Erguido, muy erguido e intensamente pálido, el general Ángeles cruzó el patio a grandes pasos y, situándose frente a los fusiles ya tendidos de los soldados, exclamó él mismo con voz fuerte:

—*¡Fuego!*

Siguió una descarga y el general Ángeles rodó casi boca abajo.

Un médico se acercó a examinarlo.

—*Está bien muerto* —informó el médico.

Magazín de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 24 de mayo de 1931, año v, núm. 251, pp. 10-11.